

Leer:
Lucas 15.11-32

En el tiempo de Jesús, se utilizaban tres palabras griegas para expresar “amor”: eros (intimidad física), filia (amistad) y ágape (el fruto producido por el Espíritu Santo, como aparece en Gálatas 5.22, 23). Nuestro Padre celestial cuida de nosotros con amor ágape, y para llevarnos a una relación correcta con Él, sacrificó a su Hijo (1 Juan 4.10).

La parábola del hijo pródigo nos da un buen ejemplo de este tipo de amor. El ágape es evidente en nuestra vida cuando:

Reaccionamos serenamente ante las dificultades.

Frente a la prematura exigencia del hijo de su parte de la herencia, el padre no respondió con palabras de enojo. Aunque debió haber sufrido, calló y no tomó represalias. Con serenidad podía pensar más claramente y optó por amar a su hijo (1 Corintios 13.4, 5).

Renunciamos sin quejarnos.

Aunque sabía que su hijo estaba tomando un rumbo desastroso, el padre satisfizo la petición. Al hacerlo, optó por el camino del amor, dirigiendo sus esfuerzos a la preservación de su relación.

Esperamos con paciencia.

Por el profundo amor que sentía por su hijo, permitió que éste se marchara y se mantuviera alejado. ¡Qué dolor debió haber sentido el padre! Sin embargo, se mantuvo esperanzado, y esperó que el joven reconociera que el pecado no da buenos resultados. Esta paciente respuesta es posible solo por medio del amor ágape (1 Corintios 13:4).

La obra del Espíritu Santo en nuestra vida nos capacita para demostrar entrega sin condición en favor del bien de otra persona. De esa manera, nos convertimos en personas que reaccionan con calma, paciencia y sin quejarse.

PREGUNTAS PARA DISCUTIR:

¿Qué clase de impresión damos a las demás personas? ¿Humana o divina?

¿Por qué nos cuesta tanto trabajo reflejar el amor de Dios?

¿Qué estarías dispuesta a cambiar en tu vida para amar como Dios nos ama?